

Pacheco: poética de la historia

♦
ÁLVARO RUIZ ABREU

*La primera impresión de Veracruz en mi infancia
fue aquella densa marejada:
negras aves que parecían traer la noche en sus alas.*

José Emilio Pacheco (1939) es un escritor de formación católica y en su prosa y su verso, en sus crónicas y minitextos, suele hallarse el anuncio del Apocalipsis, del odio irreversible entre hermanos como está escrito en la Biblia; su poética parte de la pérdida del Paraíso, la permanencia en el caos para, de las tinieblas, volver a la tierra prometida. Se ha creído ver en esa actitud a un escéptico absoluto, pero más parece la de un profeta de su tiempo que ve en la historia la repetición de la guerra, el hambre, la tortura y el abuso del poder. En vez de escepticismo yo encuentro un profundo sentimiento trágico de la vida, o lo que es lo mismo: una visión desesperada de Pacheco por dar respuestas religiosas a los misterios del mundo.

Algunas de sus obras más sobresalientes confirman esa hipótesis; aparte de los textos y cuentos sobre los cristeros, algunos de sus títulos de poesía son evocaciones de algún libro de la Biblia: desde el primero, *Los elementos de la noche* (1963), al último, *Miro la tierra* (1986); igual sucede con sus cuentos, *La sangre de Medusa* (1958) y *El principio del placer* (1972). Pero es su novela, *Morirás lejos* (1967) en la que el trasfondo religioso es evidente, pues recrea la persecución de siglos que han sufrido los judíos hasta el Holocausto.¹ No se trata de inmersiones esporádicas en temas

de la religión judeocristiana, sino de una veta que él explora en la prosa y el verso, en la novela y el cuento, en la crónica y el ensayo.

El año que nació José Emilio Pacheco terminó la guerra civil española, o mejor dicho, fue implantado el fascismo en España, y comenzó la segunda Guerra Mundial. El horror del Tercer Reich, las cámaras de gas y los campos de concentración entraron a su pensamiento hasta conmoverlo. En 1939 apareció *Trópico de Capricornio* de Henry Miller, la novela del desarraigo y la pérdida del reino, escrita por quien amaba a los poetas, principalmente a Whitman. Como Revueltas, Pacheco sufre este descalabro de los valores como una condena existencial, como la marca que definirá el resto del siglo XX; pero Revueltas encuentra en el comunismo la salida provisional a los males seculares de la sociedad, y Pacheco no profesa ningún credo político, ninguna ideología más que la de su prosa y su verso de clara tendencia panteísta. Semejante a Rulfo, Pacheco construye seres desde el desaliento, realidades dominadas por la violencia, el odio, el amor imposible, en las que el tiempo parece no renovarse nunca. Pero Rulfo se sirve de campesinos, pueblos y rancherías por donde pasó la Revolución, la Cristiada, espacios varados en el tiempo, seres hechos de tradición y mitología, como el Padre, la Madre, el cacique, el cura; mientras que el gran motivo literario de Pacheco es la ciudad, no la de Dios, sino la que representa una encrucijada de todas las desgracias de la vida contemporánea. En los tres es visible la Caída, el absurdo, la muerte de Dios a mano del hombre; parecen la expresión de una nostalgia por la luz del Principio; comparten un sentimiento común: la impotencia que experimenta el hombre ante la idea de lo sagrado, la paradoja de que el cris-

¹ Véase Margo Glantz, "Morirás lejos: literatura de incisión", en *La hoguera y el viento*, José Emilio Pacheco ante la crítica, ed. de Hugo Verani, Era, México, 1994, pp. 229-237, en donde descubre la sangre, la destrucción, el infierno, la ciudad contaminada como la otra cara del Paraíso, que circula por las venas de esta novela.

tianismo siente horror por la miseria del cuerpo humano pues en él se encuentra la gloria del espíritu.² Un símil nos diría que su astro es Venus, su color, el negro, su hora predilecta, la noche.

También los sigue como una sombra la historia de México y sus fines siempre frustrados; la rumia alrededor de la figura de los héroes contruidos por la historia oficial. Sus semejanzas, desde luego, son tan notables como sus diferencias. Cada uno escribe desde posiciones muy específicas; Revueltas como respuesta y diálogo con el "hermano" obrero explotado que debe convertirse a una nueva religión: la del comunismo. Rulfo como compensación a la orfandad, y deja sólo dos libros breves, mientras que aquél escribe a manos llenas. Pacheco escribe desde el otro lado de la escritura como poeta, cronista de la vida cotidiana, excelente traductor, novelista, y desmitifica a la Ciudad de México, quitándole sus disfraces en un tiempo sin retorno.

En la persecución religiosa de México, Pacheco halló algo más que un motivo literario: una poética de las dos fuerzas que se disputan el mundo, la inteligencia (la luz) y el poder (las tinieblas). En su reconstrucción, impresionante, de la historia de ese periodo es posible volver a recordar a los hombres que gobernaban el país, Obregón y Calles, entre otros; el arraigado sentimiento católico del pueblo, el terror sembrado por la persecución. Su escritura es una reminiscencia de los clásicos, y de la poesía y la cultura de México. Ejerce con singular disimulo el oficio de escritor mediante un realismo que rápidamente excede a la realidad; próximo al misticismo de Kafka y al estado liberador de las ataduras católicas de Joyce, tomó la *Cristiada* para hacer otra lectura de la historia y de los "hechos", un viaje a la vida y la muerte, en el que sólo hay crueldad, odio infinito, abuso del poder.

Este profeta del tiempo que se renueva en su propia bestialidad acudió a los cristeros y escribió y describió con palabras densas, apretadas, una especie de fiesta de la sangre y del crimen. En sus textos breves hay como trasfondo un trabajo inmenso; apasionado por el tiempo trágico de la historia, Pacheco ha estudiado la guerra cristera en miniatura, la reprodujo en documentados y críticos artículos, en crónicas, en prosas y cuentos. Su tema no ha sido sólo

el general Obregón y su victimario, Toral; también se dedicó a recorrer ese periodo sombrío de los años veinte en México y lo estudió en sus vicisitudes y caídas. Fijó la atención en uno de sus protagonistas, José Vasconcelos, en uno de sus caudillos, Obregón, y en uno de sus más controvertidos personajes, Toral. Fue al fondo de la historia con el espíritu que anima al hombre de letras y al político, al poeta y al historiador que hay en Pacheco.

Formado en una familia del sureste mexicano, que lo envió a escuelas católicas, Pacheco profesa una "religión" que combina la duda y la conciencia del pasado, en una rara síntesis de narraciones poéticas. Sus historias son ejemplos del gran fracaso que es la historia de las sociedades; sus héroes son encarnaciones de los enemigos comunes del hombre en el siglo XX; el espacio por excelencia es la ciudad que dejó de ser lugar de reunión en la tarde para convertirse en el infierno cotidiano; sus temas más frecuentes: el fracaso, el tiempo que no perdona, la violencia, la contaminación del suelo y del aire, la pérdida del paraíso, la persecución política, ideológica o religiosa. Desconfía de la política en la que ve engaño y demagogia; de la religión, porque no resuelve las grandes ni las pequeñas crisis de conciencia de los creyentes.

La "miseria de la historia"

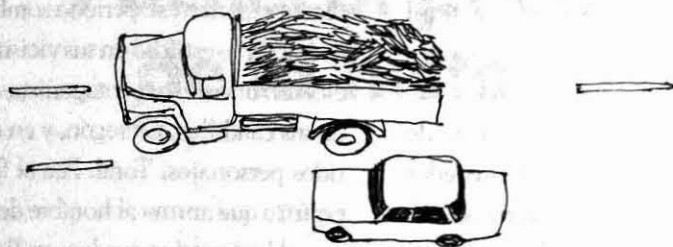
Introducción a su "poética" y a un tiempo marcado por el horror, Pacheco escribió en un periodo de quince años varias ficciones o minitextos estructurados a partir del problema religioso.³ "Toral, una imaginación" (1978), "Historias de federales y cristeros" (1979), "La invención de La Bombilla" (1988) y "El Emperador de los asirios" (1993), una versión corregida de "Toral, una imaginación".⁴ Los textos reunidos bajo el título "Historias de federales y cristeros"⁵ son también la certificación de que la "miseria de la historia", que fue el tiempo de la *Cristiada*, representa

³ Y también escribió en ese mismo lapso varias crónicas y ensayos sobre la época cristera y algunos de sus más famosos protagonistas como Álvaro Obregón, el general Francisco Serrano, José Vasconcelos y su ansiedad por alcanzar la Presidencia de la República en 1929, hasta el suicidio en Notre Dame de Antonieta Rivas Mercado.

⁴ Por cuestiones de método no se analizan estos textos cronológicamente, sino agrupados por su género; los de 1979, 1987 y 1988 son textos muy breves, a caballo entre la prosa poética y el cuento; los veremos como lo que son: piezas sueltas, a veces de una cuartilla cada una, del mismo rompecabezas que fue la *Cristiada*.

⁵ José Emilio Pacheco, "Historias de federales y cristeros", *Proceso*, núm. 143, 30 de julio, 1979, pp. 48 y 49.

² Véase Georges Bataille, *Teoría de la religión*, trad. de Fernando Savater, Taurus, Madrid, 1998. Dice Bataille que "es la miseria del hombre, en tanto que es espíritu, tener el cuerpo de un animal, y a ese respecto ser como una cosa, pero es la gloria del cuerpo humano ser el sustrato de un espíritu", p. 43.



una preocupación muy importante en la prosa de Pacheco. Explora desde la escatología y desde el sentimiento religioso el alma popular, sus dichos y creencias, sus hábitos y conductas ante la guerra; también crea un anecdotario de las escenas "secretas" de la Cristiada, lo que ninguna de las partes estuvo dispuesta a revelar, ni siquiera a nombrar. Como es su costumbre, Pacheco estructura este "anecdotario" a partir de diálogos, monólogos, textos tomados de la historia, de los periódicos, de voces recogidas en las sobremesas, en los anuncios. El escenario es principalmente el de la Ciudad de México, aunque a veces hace incursiones en el campo de batalla, en la provincia; los protagonistas pertenecen a distintas clases sociales, hombre o mujer, militar cristero o militar de carrera, sacerdotes, fieles o apóstatas. En esa gama inmensa de posibilidades, Pacheco inserta su estilo claro y directo, parecido al de Hemingway, pero con la adjetivación de Borges, y desde la poesía.

Alimentado por figuras "históricas" que fungen como personajes, Pacheco muestra al general Amaro, a Gorostieta, a capitanes del ejército federal anónimos, religiosas como la Madre Teresa, gente de la clase media como un boticario, una anciana del pueblo, un escritor. En casi todos la saña y el odio, el crimen y el sufrimiento son piezas de un mismo rompecabezas: el significado que ha tenido para los mexicanos la historia, la religión, en un tiempo sagrado. La clave del conjunto de textos me parece que se encuentra en el titulado "Lo de adentro", pues ahí aparece una radiografía del pensamiento generalizado sobre el sentido último, escatológico y religioso que tuvo la Cristiada.

Es evidente la manera como asume la guerra el pensamiento popular. "¿Sabe qué? Lo más terrible de la guerra es sacarnos lo que traemos dentro. No lo digo en el sentido que usted cree sino en el literal. Nunca pensé que tuviéramos tantas cosas guardadas bajo la piel y el esqueleto." El que lo cuenta a otro es un subteniente del H. Colegio Militar, el interlocutor jamás aparece, por lo que es posible sospechar que el militar le habla al "lector". Dice que lo enviaron a Jalisco. "No había visto nada de nada y de pronto recibo la orden de ahorcar cristeros y me doy cuenta de que sólo conocemos una parte de la lengua."⁶

El subteniente comienza su hazaña militar, y ve el efecto de la guerra. Sus impresiones son las que cuenta ahora. "¿Se ha imaginado usted que pueda colgar hasta el pecho y pudrirse y llenarse de moscas?" Pacheco ha leído la prosa y el verso de Quevedo, un laberinto de diálogos escatológicos, imágenes de un infierno que no está en el cielo, sino en la tierra. Sobre todo había conocido la historia del Holocausto, en la que vio una masacre más allá de la razón que estremece la mirada. Leyendo la Biblia, como lo demuestra la cita frecuente de pasajes y libros del texto sagrado, vio que también Dios era el dios de la muerte y de la guerra, de la venganza y de las recompensas. De esta información amplia, Pacheco fue puliendo su estilo que remite a la desolación, la ruina, las cenizas, la sangre, como atributos de la condición humana, y como categorías implícitas en la guerra cristera.

En las "Historias de federales y cristeros", triunfa el horror; su tema es el cristianismo, en su parte implacable, y como complemento la historia (de México en el periodo de la Cristiada), vista como enajenación. Escenas y anéc-

⁶ José Emilio Pacheco, "Historias de federales y cristeros", *op. cit.*, p. 48.

dotas breves, que el rigor de la prosa pulida transforman en algo más que en divertimento; como "Lo de adentro", "Los maderos de San Juan" es un viaje al horror que no descarta a lo cómico. Ahora es un diálogo:

—¿Lo fusilamos, mi coronel?

—No, capitán, que sufran un poquito estos mochos. A ver, cabrones, a ver si su Cristo Rey viene a salvarlos."

Situaciones parecidas las recogieron otros cuentos y novelas, cristeros, pero Pacheco las revitaliza. ¿Cómo? La *Cristiada* que se lee en estas historias es una hazaña del lenguaje que va haciendo luz de aquella oscura selva religiosa, violenta que fue la *Cristiada*, que crea imágenes terribles no de los "hechos" sino una visión deformante de esos "hechos". El lector ve la historia y al mismo tiempo un raro designio de la historia; ve a los grandes hombres del México revolucionario (Amaro, Obregón) y la sombra que los cubre. En cada texto de estas historias aparece la misma suerte de imagen de la crueldad, imagen de la sangre y de la muerte, imágenes del cielo y de la vida eterna. En el titulado "Rumor", se reproducen algunas voces populares y escenas que en la literatura cristera y en la de la Revolución mexicana fueron comunes, y sin embargo Pacheco cambia los signos.

—Volaron el tren cristero. El general Amaro fue a inspeccionar y encontró a una soldadera con el cuerpo partido en dos. En su pecho lloraba un niño de meses. Amaro lo alzó de los piesitos y lo estrelló contra los rieles diciendo: "Al fin y al cabo es hijo de cristeros".⁷

A menudo, el cristero que describe Pacheco está retratado con una cámara deformante; es visto en toda su crueldad, y en toda su insignificancia como cristiano y como combatiente. "El mundo del mal" es otro diálogo, cuyos protagonistas son la Madre Teresa (clara alusión a la Madre Conchita) y el supuesto hombre escogido por Dios para matar al tirano (Toral). Está basado en la orden de la Madre para eliminar al tirano, en realidad Cristo Rey lo escogió a él, al interlocutor anónimo, para librar a México de la tiranía. Entonces, Nuestro Señor le abrirá el camino; y después? La Madre no deja dudas, le dice que sufrirá martirio y vendrá la muerte, pero "verás a Cristo". "La dicha eterna será tuya". Él rechaza dar muerte al tirano, es débil, cobarde, afirma que eso no es posible. Es fácil pensar en una escena parecida entre la Madre Conchita y León Toral; pero el centro de esta prosa no se encuentra, como decíamos, en su referencia a la historia, sino en la poesía

que encierran sus imágenes. Comienza con esta frase que más parece un verso en prosa: "El mundo de la belleza es también el mundo del mal y del dolor"; es una frase que surge en el instante de la *Cristiada*, más que pensamiento religioso es el regreso al minotauro: de la carroña emerge la belleza. Llegamos entonces a una de las posiciones de Pacheco frente a la literatura y el arte, a las heridas que llevan sus personajes, a las imágenes que entrega el poeta, a la escritura que ha hecho posible su visión de mundo tan próxima a la filosofía de Heráclito. Esto lo ha visto ya la crítica:

La consecuencia principal de la preocupación poética básica de Pacheco es una pérdida de seguridad en las nociones tradicionales o en los dioses del pasado. La historia se transforma en una crónica de la catástrofe, un ciclo continuo del desastre y la destrucción. Tampoco el futuro ofrece ninguna consolación o esperanza; de hecho, Pacheco ve el futuro como el polo opuesto de la historia, participando en el ciclo de la destrucción del hombre. El futuro es desesperanzado. Se convierte en una dimensión de inminente tragedia que siempre está en proceso de serlo.⁸

El punto de vista de Pacheco sobre la historia y la literatura no es lineal, tampoco forma parte del Círculo; es un viaje contrastado. Escribe un relato que al mismo tiempo es historia, documento, testimonio, y poesía, que lo sitúa en una nueva realidad de la escritura. "Historias de federales y cristeros" es una prueba de esta combinación de géneros, de la práctica interdisciplinaria de la escritura. "Dónde estarán" es la suma de las breves historias. El título es la clásica pregunta del *ubi sunt*, de la tradición clásica, y la forma del texto es la de un poema en prosa, en la versión que le confirió Baudelaire. Dónde estarán federales y cristeros, "pelonas" y beatas. Qué hacer con aquel pasado; el autor introduce la comparación de la historia desgarradora que fue la *Cristiada* con una película que se filma y después se enlata y es posible volverla a proyectar. La historia en cambio no se repite; no hay segunda vez, "todo pasa una vez y para siempre".

Como Leñero y Jorge Ibargüengoitia, Pacheco escogió precisamente la carismática figura de Toral para escribir varios textos breves en los que la historia y la ficción se dan la mano. Establece una diferencia literaria y poética del

⁷ José Emilio Pacheco, "Historias de federales y cristeros", *op. cit.*, p. 48.

⁸ Thomas Hoeksema, "Señal desde la hoguera: la poesía de José Emilio Pacheco", en *La hoguera y el viento*, *op. cit.*, p. 82.

hombre que pertenece a la historia de México (José de León Toral), y el ser que los católicos han elevado a Santo; el hombre inducido al crimen, y el que la imaginación colectiva transformó en el Salvador, el único que pudo cortar la cabeza de Holofernes como en *El Libro de Judit*. Bajo el título "El emperador de los Asirios", Pacheco publicó en su columna semanal, "Inventario",⁹ una serie de seis textos a caballo entre la crónica y la ficción, ambientados en 1927 y 1928 en los escenarios de San Ángel y del restaurante La Bombilla.

El material que alude a los cristeros es muy extenso. En "Carne de tu prójimo" Pacheco cita versículos de Isaías: "Pronto la tierra se cubrirá de espinas y cardos, dice el Predicador", que va por calles y mercados. "Cada cual devora la carne de su prójimo y nadie se apiada de su hermano", y empieza la premonición de la muerte del emperador de los asirios: "Tropezarás, caerás en el lazo y serás quebrantado. Para ti sólo habrá angustia y tinieblas, oscuridad y tribulación." Es la Ciudad de México en 1928, el país tiembla como la metralla que derriba soldados de Cristo Rey. Es tiempo sembrado de espinas y cardos. En rigor, no es un cuento, tampoco un poema, sino prosa poética, un canto con estructura narrativa pues lo sostienen dos voces, dos creyentes en la clandestinidad. En la ciudad los templos están cerrados; jóvenes empleados municipales borran este letrero: "Mata por Cristo a quienes intentan matar a Cristo. Si no puedes matar haz que te maten. Tu sacrificio no será en vano." En letras altas, el letrero revela el ambiente que seguramente reinó en la Ciudad de México, después de la suspensión de cultos religiosos, después del cierre de las iglesias católicas. El presagio mantiene la intensidad del motivo religioso: el emperador de los asirios caerá; "serán echados a fuego la boca jactanciosa del guerrero y su manto lleno de sangre". El terror flota en el aire, anda de boca en boca; y ese "emperador de los asirios" que van a eliminar no es más que Obregón, cuya caída anuncia el "Predicador" en camiones, tranvías, mercados, plazas y en las esquinas más populares de la Ciudad de México. Sólo es un presagio.

⁹ Todos los textos que cito de Pacheco aparecieron en su columna "Inventario", menos los que obviamente corresponden a sus libros. El título "El Emperador de los asirios", *Proceso*, núm. 562, 10 de agosto, 1987, pp. 50 y 51 lo usó también Pacheco para el cuento que comentamos más adelante y que se incluye en la *Antología del cuento cristero* de Jean Meyer y Juan José Doñán. Este cuento apareció a su vez con otro título años antes: "Toral, una imaginación", *Proceso*, núm. 89, 17 de julio, 1978, pp. 54-55.

Imágenes de muerte y venganza, frases definitivas de un rencor inevitable en la naturaleza humana, crean un ambiente de delirio. "Tu hermano de ayer es tu enemigo de hoy. ¿Quién te dice que no será tu asesino de mañana?" Sentencias, frases de la jerga de la política mexicana, descripciones de ese México "bárbaro", alusiones al poder, la venganza y el crimen. México, leemos, "se escribe con 'eme' de muerte, 'e' de espanto, 'equis' de crucifixión, 'i' de ira, 'ce' de cadáver, 'o' de odio". Pacheco se sirve del tiempo más trágico de los años veinte para crear la épica del país que vive en la puerta del infierno. Muerte, sangre derramada, odio, espanto, es una fiesta no de las balas sino del tiempo que regresa con su rostro fatal. Al final aparece la figura de Obregón y sus lecciones aprendidas sobre el arte de la guerra, y también parte de la leyenda en torno a su muerte. "¿Qué semeja el emperador de los asirios cuando se llevan su cadáver sangrante del banquete?"

Poeta y narrador

Formado en una tradición literaria que vincula de manera estrecha la actividad del escritor con la sociedad, Pacheco es uno de los poetas mexicanos¹⁰ que ha desarrollado su propia visión del mundo, que lo ha guiado en sus noches de lectura y trabajo, en su escritura inflexible, en la premonición del caos y del mundo en ruinas que heredan los hombres de cada generación. Desde los diecinueve años, en que abandonó la carrera de leyes, "que le resultaba horrible porque la veía como una forma de hacer la guerra contra los pobres", José Emilio Pacheco "empezó a caminar por las calles del centro y a escribir sobre sus rodillas en todas partes y a todas horas, en el camión Roma-Mérida, en el Zócalo por Tacuba".¹¹

Aunque parece evidente el origen de la escritura múltiple, árida y terrible, desencantada y religiosa de Pacheco, debemos decir que la historia ocupa un lugar destacado en el poeta y el narrador. No es sólo la historia de los dirigentes y los caudillos revolucionarios si alude a México, sino la que hace el bandido o el pepenador, el obrero y el campesino, seres concretos, que su poética sacraliza y desacraliza. ♦

¹⁰ No obstante que voy a referirme a Pacheco solamente como narrador, es imposible aislar esta actividad del poeta y novelista a la vez.

¹¹ Elena Poniatowska, "José Emilio Pacheco: naufragio en el desierto", en *La hoguera y el viento...*, op. cit., p. 19.